

EL COLEGIO Y LA UNIVERSIDAD ⁽¹⁾

Uno de los acontecimientos más significativos en la vida de las universidades argentinas, y por tanto, de la enseñanza nacional, es el sencillo acto escolar á que asistimos, en el cual damos la cariñosa y fraternal bienvenida en el núcleo de nuestros institutos facultativos al Colegio Nacional de La Plata, elevado hasta ser digno de esta transformación, por sus dos últimos directores, Delheye y González Litardo, herido el primero en la recia labor después de salvar incólume el noble estandarte de la cultura y la disciplina, aprendidas en una vida de honestidad y de trabajo; consagrado el segundo por la opinión misma, como un continuador animoso y consciente, y por el Consejo Superior, como un educador capaz de afrontar la magna tarea que habrá de empezar en 1908, con la nueva expansión que al colegio le está decretada.

Inauguramos también, en condiciones muy especiales, el primer colegio secundario de señoritas, en la historia de la educación del país, nacido de una noble virtud de la sociedad platense, — su pasión decidida por la cultura femenina, — y de una tendencia marcada en el programa de la Universidad, de ensanchar el campo experimental en los estudios destinados á formar el profesorado común, secundario y superior de la República; y al mismo tiempo, imponemos, diré así, el bautismo de esta vasta comunidad de ideas y sentimientos — que hace de la Universidad nueva, un hogar y un taller de todos los afectos y actividades, — á la Escuela Graduada Anexa, modelo y tipo único, á su vez, de las que vendrán más tarde, aquí y en otros institutos superiores del país y del extranjero, á servir al progreso efectivo de la pedagogía científica, preconizada en los últimos tiempos por eminentes educadores europeos y americanos, y apenas puesta en práctica en el día por una media docena de universidades en ambos continentes. En nombre de la de La Plata — la más joven de las instituídas en el mundo, pero cuya semilla ancestral se halla en los orígenes de nuestra nacionalidad y en las fundaciones de los países que dan su sello á la civilización presente, —

(1) Discursos pronunciados el 2 de abril en el acto de la anexión del Colegio Nacional á la Universidad, y el 8 de abril con motivo de la inauguración de los cursos.

expreso aquí su más íntimo, su más profundo, su más patriótico regocijo, en el momento en que el hogar universitario se abre para acoger á los alumnos, maestros y profesores de estos tres nuevos miembros de la vasta familia.

Veo así convertida en hecho, por un acto de gobierno bien inspirado, una de las ambiciones más intensas de mi ya larga carrera pública y docente, y por esto, y porque tal hecho importa una valiosa conquista en la intermitente marcha de la enseñanza nacional, puede explicarse la complacencia con la cual la corporación que presido ha recibido el magnífico presente. Porque no es solo el crecimiento material que la anexión le aporta, lo que motiva nuestro contento, sino la integración del pensamiento orgánico de la Universidad misma, que cuenta como base triangular de su arquitectura general las tres gradas del proceso evolutivo de la cultura preparatoria; y dentro de la rama especial, — que yo llamaré la Facultad de Pedagogía, desde que se halla sancionada por el hecho y por la autoridad, su existencia, — los núcleos escolares que forman la clínica de los estudios superiores, en la gran división de las ciencias filosóficas. Se halla por tal modo resuelto el doble problema universitario actual, — definir en forma evidente el carácter experimental de la Universidad en todos sus aspectos, y dotar á los futuros profesores de enseñanza secundaria y superior, de todos los elementos de práctica y teoría que pueden necesitar para una preparación completa.

Hemos tenido la suerte de concurrir en esta solución, con célebres y reputados institutos europeos y americanos, que á su vez venían experimentando la creación de la verdadera Facultad de Pedagogía, contenida en la idea herbartiana, bosquejada en la práctica en Jena, y llevada á su pleno desarrollo en la Universidad de Colombia de Nueva York, en 1898, con la decisiva creación de la Facultad de Enseñanza. El impulso dado por aquellos dos institutos en Europa y América, no ha tardado en despertar las fecundas emulaciones creadoras, y á Colombia siguen Chicago con la fundación Parker, y á Jena sigue París con la incorporación de la Escuela Normal á la Universidad, celebrada en acto solemne el 19 de noviembre de 1905, esto es, seis meses después que la Universidad de La Plata se hallaba definida en sus actuales lineamientos por la ley-convenio que le dió existencia. Los que aquí han dado forma á este ilimitado pensamiento educativo, pueden también decir como Lavisse, en aquella circunstancia: «es éste uno de mis viejos sueños que comienza á ser una realidad, que concluirá por serlo, si vosotros (profesores y alumnos) lo queréis, porque nada podremos nosotros sin el asentimiento, sin la adhesión de vuestros talentos y de vuestra conciencia».

Pero en este mismo grado de importancia de este problema, ha movido á los promotores de la incorporación universitaria de los colegios nacionales de Córdoba, Buenos Aires y La Plata, una idea, reconstructiva dentro de las nuevas condiciones de la cultura nacional de un sistema antiguo, sancionado por la experiencia histórica en tres de las épocas más características en la historia de la formación de la República; su independencia, su organización y su

consolidación. Los tres fueron resultado del sistema de educación integral, realizados por la unión de los ciclos secundarios y superior en colegios netamente universitarios como Monserrat, San Carlos, y Concepción del Uruguay, auxiliados con la mayor eficacia, sin duda, por las virtudes indestructibles del internado, que aun con las imperfecciones de aquellos tiempos, imprimía sobre las generaciones su sello imperecedero de carácter y «consagración», según el bellísimo concepto desarrollado hace poco más de un mes, en el discurso anual de inauguración en la Universidad de Edimburgo, por el actual rector y ministro de la Guerra de la Gran Bretaña, Mr. Haldane.

Entiende él «por vida consagrada» aquella que se concreta con toda su energía al logro de un alto propósito. Su primer deber es tratar de comprender con claridad y exactitud qué pueden nuestras fuerzas permitirnos realizar, y una vez comprendido, ejecutarlo con toda nuestra potencia. «Las vidas de todos los grandes hombres han sido vidas consagradas... La misión de la educación es, en más elevado sentido, enseñar al hombre que hay en él aptitudes en las cuales no ha soñado, y desarrollar en él capacidades que, sin el contacto de la más alta ilustración, nunca habría podido utilizar. Y así la Universidad, en su mejor concepto, es el sitio donde los fines más elevados de la vida son posibles de alcanzar, y donde lo finito y lo infinito se encuentran y reunen».

Estas vidas no son individuales, ellas hacen escuela, se difunden en la masa, en la sociedad, en el mundo, y encarnan en cualquiera y multiplican así su fuerza sin límites. Y aquí está la razón de ser de mi digresión, porque hallo confirmado mi criterio relativo á la influencia de nuestros antiguos colegios universitarios, en los destinos de la Nación. De Córdoba, de Charcas, de San Carlos, en contacto con las virtudes de nobles maestros, y con las ideas ambientes de liberación moral é intelectual del tiempo, salieron los revolucionarios de 1810, los constituyentes de 1813, 1816, 1826, 1853 y 60, sus legisladores, jueces y políticos que concluyen la evolución social y política, é integran la personalidad nacional hasta 1880. «Vidas consagradas» son, pues, aquellas que concentraron todas las energías á la realización de altos propósitos, y las universidades, entendidas así, como laboratorios generales de todas las fuerzas colectivas, de la naturaleza y del hombre, habrán de ser cada día más objeto de cuidado primordial en todo Estado bien regido.

Concebido el Colegio Universitario de La Plata sobre aquellas dos ideas iniciales, — la cohesión íntima, á base de internado entre las enseñanzas morales, intelectuales y físicas con la instrucción superior científica y profesional, y la formación del alma nacional equilibrada y nutrida de firmes nociones positivas, — tendrá que restaurar, al nivel de los tiempos, la tradición educativa de aquellos ilustres antecesores desaparecidos, y cuya resurrección ha resonado en los ámbitos de las nuevas doctrinas que los despojaron de todo lo puramente abstracto y sobrenatural, para desarrollar sus cualidades permanentes sobre la base inmovible de la ciencia y de la observación. El internado moderno, combinado con lo mejor de los sistemas existentes y de las ideas insinuadas por sabios educadores é

higienistas; situado en lugar insuperable de belleza, amplitud y comodidad, con relación á la vida de los estudiantes y sus familias de las ciudades de La Plata y Buenos Aires, y en el centro de la zona universitaria; dotado, como lo será, sin duda, de todo el material de confort, educación física y enseñanza experimental científica en todas las materias; compenetrado y auxiliado de modo sistemático por los profesores y elementos múltiples de ilustración de la Universidad misma, tendrá que dar á la República entera y á la Provincia que lo alberga, los frutos más preciosos que puedan anhelarse, y que sus iniciadores tuvieron en vista al trazar sus bases orgánicas, sus planos arquitectónicos y sus desarrollos didácticos ulteriores.

En su posición intermedia entre la escuela primaria y la Universidad, algo como un gabinete de depuración, selección y clasificación de las mentalidades juveniles, y de las aptitudes colectivas de cada generación, vendrá á ser un foco intenso donde los sentimientos y las ideas informativas del tipo social propio se fundan en una sola substancia, y anticipen en esencia la obra que más arriba la Universidad realizará en su sentido más amplio y superior, esto es, la unidad y cohesión política, que tendrá su acción práctica en la existencia del Estado, en el trabajo económico y en la más alta vida de la ciencia pura. En esa compenetración, dentro del vasto hogar universitario, de todos los órdenes en que se divide y subdivide el proceso educativo, primario, medio y especial y superior, alumnos y maestros, varones y niñas, durante la cual todos giran con libertad ordenada en el movimiento de una vasta colmena, que explora, extrae, elabora y produce, se realiza ese ideal de educación política que el mundo admira en los celebrados modelos ingleses y americanos, que han llevado á sus dos países á la posición directiva que ocupan en la cultura contemporánea. « Las universidades inglesas, — dice un profesor de Illinois, — preconiza este contacto personal, en tal extensión que hacen la enseñanza muy costosa, pero que han conducido á los graduados de Oxford y Cambridge, á hacer de Inglaterra la nación conductora del mundo moderno. El sistema tutorial de estos institutos, apenas puede ser comprendido en América. Los hombres y mujeres que han hecho obra grande entre nosotros, han salido de institutos en los cuales la clase reducida permitía ese estrecho é íntimo trato entre el estudiante y el profesor. . . » Y recuerdo que durante mis funciones directivas de la enseñanza pública en mi país, desde hace cerca de una década, he venido señalando esta necesidad de convertir nuestras escuelas, colegios y universidades en estos centros de compenetración íntima y afectiva entre el alma del maestro y del discípulo, y el defecto existente en todos ellos, de considerar esta relación como un deber oficial, como una función mecánica, y por consiguiente, despojada de toda unción intelectual ó sensitiva. El maestro se habitúa por tal sistema, á su cátedra como á un empleo lucrativo, ganado á modo de compensación por servicios anteriores, pero nunca como un noble y dulce sacerdocio, en el cual van hermanados ideas y propósitos iniciales de coexistencia social y de perpetuación de vínculos patrióticos, que deben ser congénitos. Y tan honda y prospectiva juzgo esta cuestión, que ha sido el

motivo que más me decidió en favor de la educación simultánea de los dos sexos dentro de la Universidad, pues entiendo que el desarrollo gradual de la vasta sociedad política que constituye el Estado, la Nación, la Patria, se realiza en la unión primitiva, en la familia, en la escuela, en el colegio, en la Universidad: y si el problema puede tener dificultades en algunos de los ciclos educativos, solo la Universidad hace posible su solución conciliadora, permitiendo la separación práctica dentro del colegio mismo, pero siempre una unión y concurrencia constantes dentro del más extenso campo que la organización universitaria les ofrece. En este sentido de la armonía y correlación de colegios de diversa índole y jerarquía, la Universidad, como un imperio didáctico federativo, hace posible la coexistencia de las individualidades más heterogéneas, porque ella se encarga de realizar, por la eliminación, la simplificación y la reciprocidad de servicios, la superior unidad de todas las enseñanzas en el fin social y político á que todos tienden dentro del Estado. De esta manera pueden incorporarse á la Universidad, en grado más ó menos estrecho, muchos colegios y escuelas, ajenas á su propio organismo; y ella, entonces, por el reflejo de su influencia, de su espíritu, de método y correlación, hace extensivo el hogar universitario á toda la comunidad, realizando á la vez, algo que está en su propia esencia, y es la unidad y armonía general de todos los órdenes de la vida, que se reasume, al fin, en un reinado ideal de la paz social fundada sobre una cultura igualmente difundida en todos los órdenes.

Pero volvamos al punto de vista más pedagógico, y hagamos hablar á los hombres que hacen fe por sus confesiones, tan ejemplares como sinceras. Me refiero al valor experimental de la práctica en la enseñanza superior del profesorado y, por consiguiente, á la incorporación del colegio á la Universidad. Entre nosotros la misma idea de una Facultad de Pedagogía no será bien comprendida, aunque se la vea funcionar como ahora, vigorosa y robusta. Los que aún creen que basta saber una ciencia ó arte para enseñarla, oirán con asombro á Lavissee, que en su discurso ya citado, se reprochaba de haber sido, en los primeros tiempos de su magisterio, inhábil para armonizar su enseñanza con las fuerzas intelectuales de sus jóvenes discípulos, y dice: « He dado en la clase de tercia, temas de composición que no mencionaré, porque me parece que fueron dadas por un imbécil ». En sentido semejante se expresó en el mismo acto, otro eminente educador, bien conocido de cuantos me escuchan, Mr. Liard; y entre ambos á quienes habría que agregar á Siegnobos, Langlois, Durckhein y tantos otros, han obtenido el triunfo verdadero para la ciencia educativa, de completar el organismo y la misión civilizadora de la Universidad francesa con la incorporación á ella de la Escuela Normal de París, convertida así en la simiente de la próxima Facultad de Pedagogía. Langlois en su magnífico libro sobre la « Preparación profesional », de 1902, que ningún educador público puede ignorar, funda la necesidad de la coexistencia de los estudios pedagógicos y universitarios, en términos incontrovertibles. « El divorcio completo entre la Universidad y los estudios pedagógicos; entre la ciencia y las aplicaciones de la cien-

cia, esto es, entre la práctica y la vida, es una cosa deplorable. Para las grandes corporaciones como las universidades, aun más que para el individuo, es indicio de cierta mediocridad de espíritu, enclaustrarse orgullosamente en la pura especulación; y por otra parte, la Universidad, el medio universitario, la atmósfera de la enseñanza superior, presentan las condiciones más favorables para que los estudios profesionales de pedagogía conserven el carácter elevado y filosófico que les conviene. » Y si algún país ha sentido los efectos excluyentes y aisladores del sistema normal sin vinculaciones universitarias y con otros órdenes de la enseñanza, ha sido el nuestro, donde apenas va desvaneciéndose cierto aire de casta cerrada que el concepto popular había creado en torno de los diplomados en las escuelas normales. Y la razón de este juicio, en parte explicable, está en la sistemática separación que se ha hecho de los estudios normales del resto de los que constituyen la cultura colectiva, como si perteneciesen á un país ó á una época diferente, y como si se hallasen destinados á educar la infancia y niñez de otros pueblos y regiones distintas. La política los ha mezclado un tanto en el conjunto de la vida nacional, y las universidades concluirán por incorporarlos, con toda su eficacia real y sus energías evidentes, á la tarea común. « La debilidad del sistema, dice M. Findlay, citado por Langlois, está en el hecho de que él es conducido, por un director y cuerpo docente, que han echado á la espalda sus estudios especulativos, ignoran los aspectos científicos de la educación y desprecian el valor de la investigación propia. . . Trabajando en el Gimnasium los estudiantes se familiarizan con el carácter específico de esta enseñanza, pero al mismo tiempo siguen la preparación del Seminario de la Universidad, donde se mezclan con maestros de varios tipos, extranjeros y alemanes, y toman su parte en las investigaciones y experimentos. Así, la mala tendencia adquirida en el Seminario Gimnasial (escuela normal), es corregido por el libre espíritu crítico de la Universidad, y la tendencia hacia una indebida especulación académica en la última, es contrapesada por la práctica diaria de los maestros del Gimnasium. » Después, se habla con axiomática verdad de que los colegios y escuelas experimentales anexados á las universidades donde se estudia la alta pedagogía, se asemejan á los hospitales de las facultades médicas, cuando unos y otros constituyen lo único indispensable para todo estudio científico y experimental.

El desconocimiento por parte de las universidades argentinas, de estos principios de correlación de los distintos órdenes de la enseñanza, y de la parte que á ellas les toca en su dirección, ha retardado por muchos años la evolución progresiva de la enseñanza nacional y ha influido en su propia decadencia. Las universidades suministran los profesores de la enseñanza de todas las jerarquías, en particular la secundaria, la que á su vez recibe el producto de las escuelas comunes hechas por maestros normales, en cuya formación ninguna parte toma la Universidad. Luego ésta ignora la causa de la mala ó deficiente preparación de los elementos sobre los cuales deben actuar sus métodos, y cuando los recibe, éstos ya no se hallan en condiciones de aceptar un modelamiento conveniente á tan altas direccio-

nes científicas, y de ahí las incongruencias, los desastres y las inculpciones inmotivadas, y lo más grave de todo, la producción de generaciones incapaces para la vida real de la acción económica, de la eficiencia social y del progreso político del país, que vive á expensas de la vitalidad literal de sus instituciones, sin que la generalidad de los hombres dedicados á la vida pública pongan nada de sí mismos para enriquecer sus arterias con sangre y savia nueva como ocurre en Inglaterra, donde una constitución *no escrita*, vive en el alma y carácter de la nación, y en Estados Unidos, donde una constitución *escrita* ha sido definida como un organismo viviente, que crece, se desarrolla y agranda con el genio del pueblo, que á cada generación le deja una nueva capa de limo fecundante. ¿Y cómo han de realizar nuestras universidades aquellos milagros atribuidos á las de Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, y aun á la del Japón por todos los grandes estadistas contemporáneos, si toman las oleadas de jóvenes que llaman á sus puertas, sin saber qué grado de extensión, intensidad y carácter lleva su preparación anterior, y sin fijar la más mínima atención en la armonía ó correlación de ella con las aplicaciones especiales ulteriores y con el mismo *espíritu* que la Universidad debe desarrollar y fortalecer?

La coexistencia, en cambio, de escuelas, colegios, institutos técnicos ó artísticos, del organismo universitario; sujeta á la dirección é influencia superior de sus altos estudios; auxiliada por la cultura social, y la vida fraternal é íntima de todas las horas, y por el trabajo común de las clases experimentales; estimulada en todo caso por el aplauso ó la sanción de los éxitos merecidos, de parte de condiscípulos y maestros; en suma, lo que constituye la *vida universitaria ó colegial*, sostenida por el ambiente cariñoso del pueblo que comprenda y ame sus futuros destinos, da nacimiento á esas virtudes intensas que consisten en las mil formas de la abnegación, de la generosidad, el altruismo, la renuncia de sí propio, el valor para la lucha, la fuerza en las adversidades, la moderación en los placeres, el empleo útil de las horas del día y un saludable reposo en las de la noche, el amor al saber, á la cultura y á la segura gloria que ellas comportan; virtudes que pueden sintetizarse en un solo resultado común, en la cohesión de la nacionalidad, por el espíritu de cooperación recíproca que despierta y difunde en todas las capas sociales. Y luego, solo en esta vida común colegiada ó universitaria es posible cultivar en forma práctica el sentimiento del honor, del valor, de la caballerosidad y la hidalguía, que tanta fama dieron á los colegios ingleses y han transmitido á otros países donde su sangre, su influencia política ó su enseñanza directa han intervenido. «Los japoneses,— dice Mr. Haldane, ministro de la Guerra y Rector de la Universidad de Edimburgo, en el discurso ya citado,—fundaron el conjunto de su enseñanza en un elevado código de ética y caballerosidad. Abstención de sí mismo, obligación de la verdad, consagración al servicio de su país, fueron las lecciones de moral en que los jóvenes fueron instruídos, con una entereza y un valor que, en cuanto se conoce, no tiene igual en nuestro tiempo». Y luego agrega que el «principal problema en la organización de una universidad debe de ser el estímulo de aquel

espíritu en el estudiante. No son solo las aulas y los laboratorios y bibliotecas los que realizan ese objetivo; la unión, las asociaciones de estudio, la amistad de todos los que luchan por mantener un elevado nivel, todos estos medios concurren á formar el estudiante que deseamos». Considerada la Universidad así, como se la comprende y se la cuida en aquellas admirables civilizaciones, donde los príncipes presiden centros de investigación del cáncer, la lepra ó la tuberculosis, ó los secretos de la biología; donde ministros y embajadores de los mas grandes y poderosos Estados fundan, reforman y dirigen universidades, escriben y hablan sobre escuelas y métodos, como Roseberry, Chamberlain, Bryce, Balfour, Asquith, Haldane, Reid; donde los presidentes como Roosevelt, envían sus hijos á las escuelas de agricultura y ganadería, para señalar nuevos rumbos á la aplicación de la inteligencia nacional y mostrar la igual dignidad de las profesiones científicas; allí no se cree que las universidades están de más, ni menos que deban suprimirse sin vacilación las nuevas que algún osado se atrevió á establecer; ni se imagina la idea regresiva é inquisitorial de matar las instituciones nacientes, sólo porque los que así hablan por cuenta propia, fueron incapaces para llevar á las antiguas un átomo más de prestigio ó de perfeccionamiento; ni se espera pasivamente que el estudiante vaya á buscar el saber, porque los hombres de Estado verdaderos, convierten la Universidad en generadora de ideas, de estímulo, de trabajo, de producción intelectual, como el vapor ó la electricidad crean poblaciones y despiertan cultivos y acrecientan la producción material del suelo y de la industria; y así, la Inglaterra, rompiendo el molde clásico de Oxford y Cambridge, erige la Universidad de Londres, la de Manchester, la de Leeds, la de Birmingham, la de Sheffield, consagradas á los problemas de la vida moderna, á la ciencia utilitaria de los metales, del cuero y del carbón de piedra; y así la Universidad de La Plata, proclamándose hija legítima, respetuosa y modesta cooperadora de las de Córdoba y Buenos Aires en la obra común y solidaria de la cultura nacional, sólo tiene ambiciones de prosperidad para ellas, para sí propia y para la nación á que pertenece, y debe su expansión inesperada á la fuerza que le presta la sociabilidad y espíritu progresista de la Provincia de Buenos Aires, y á las ideas de reforma que albergan los hombres nuevos de la República, que comprenden la necesidad de un organismo como éste en donde la libertad y experiencia en la enseñanza realicen para nuestra patria los prodigiosos resultados que admiramos en tantos países extranjeros. Gracias á estas fuerzas, y al aliento cada día más vivo de sus profesores y alumnos, que constituyen ya un hermoso conjunto de 1700 voluntades é inteligencias en constante labor, la joven Universidad de La Plata podrá devolver muy pronto al país, en frutos opulentos, los sacrificios que realiza para sostenerla con decoro y eficacia docente.

Uno de los caracteres más peculiares de nuestra Universidad es la concurrencia femenina que decora sus aulas y les imprime una fisonomía tan nueva en la tradición argentina, y al mismo tiempo

tan amable y atractiva. Y no vacilo en afirmar que esta afluencia de alumnas constituirá para ella y para la República una nueva fuente de energías, antes desconocida. Hasta ahora, el horizonte de la acción social de la mujer ha sido muy limitado en nuestros pueblos latinos, y apenas si se sospechaba la posibilidad de verla ocupar hoy una vasta porción del campo del monopolio masculino. Pero el progreso mismo de las ciencias físicas y naturales, han hecho fácil para ella la posesión de infinidad de resortes antes ignorados ó vedados á sus manos. Se ha notado además, en la experiencia escolar de algunos años y en los estudios más intensos de la psicología y fisiología humanas, que es adaptable á la mayor parte de las ocupaciones que requieren concentración de la mente, ó asiduidad y disciplina en la labor, y que gran número de ocupaciones en los más perfeccionados servicios públicos del Estado, de las compañías ó de las empresas privadas, pueden ser desempeñadas por oficiales, obreros, y aun directores femeninos, con ventajas económicas y técnicas indudables. El destino de la mujer cambia cada día con la complicación de la vida, y su personalidad se completa en la realidad y en la acción, debido á su mayor cultura intelectual y técnica, que le permite destruir en sí misma muchos prejuicios y buscar su independencia, su soberanía y su defensa en sus propias aptitudes. La Universidad no podía cerrarle sus puertas en un país libre, y las trabas que hoy algunas de nuestras leyes le imponen, bajo algunos respetos, habrán de desaparecer ante la eficacia de sus recursos intelectuales, y de su preparación profesional. Entre nosotros, la inscripción de más de cien alumnas en las varias escuelas de la Universidad, ofrece fecundo campo para las más hermosas experiencias didácticas, y para comprobar las capacidades prácticas que la mujer argentina puede desarrollar en el porvenir, tanto en el orden docente, como en el social y político. Maestras y alumnas en nuestra Universidad son las bienvenidas, y vivirán en ella rodeadas del cariñoso respeto de todos sus compañeros y autoridades, las que tienen el convencimiento de todo su inmenso valor en la tarea educativa, en la acción moderadora y modeladora de la cultura que debe reinar en todas sus dependencias y jerarquías de estudiantes; y saben también que con su concurso é influencia dulcificadora sobre las costumbres, será mucho más fácil realizar ese ideal de enseñanza moral por la sociabilidad y el compañerismo en la vida universitaria, que anticipa ya en pequeño, en estos microcosmos del Estado, según la expresión del mismo rector Haldane, — que hacen un instrumento tan poderoso para el bienestar de las comunidades, y cuya fuerza se mide por la suma de las capacidades de las personas que las constituyen, — las vinculaciones más fundamentales del orden social, de los hogares honestos y cultos, cuya reunión bajo la égida de una sola ley y unidas por el lazo invisible de una tradición patriótica y ancestral, cimentan y engrandecen las naciones.

Señores: En la lucha cruenta que debemos mantener con todas las formas de la ignorancia y de la rutina ambientes para conducir á feliz término nuestra labor común, yo cuento con una fuerza colectiva, que creo invencible, si ella no se disgrega ó desfallece: la de la

unión de los miembros del personal docente de todas las escuelas, facultades é institutos de la Universidad; fuerza acrecida de modo considerable hoy, con la incorporación de los profesores del Colegio Nacional, que si han sabido levantar el nivel de esta casa hasta hacerla digna de penetrar sin modificaciones sensibles por el dintel universitario, han de poder también, y con mayor razón, adaptarse al nuevo régimen y obtener de él sus indudables ventajas para el progreso de la enseñanza y prestigio propio. La experiencia y saber de todos podrá manifestarse en adelante libremente por medio de los consejos internos de su elección, y por la parte que por los estatutos le corresponderá en el gobierno universitario, del cual desde hoy forman una sección esencialísima de enseñanza y acción: las autoridades superiores se harán siempre un deber en apoyar y secundar toda iniciativa eficaz y bien calculada para el mayor desarrollo del instituto y para el bien del personal y de los estudiantes que forman el principal objeto de nuestros cuidados y fatigas. Sus alumnos son, desde este día, hijos más bien, de la Universidad, la que los acoge como si fuesen ciudadanos de una República ideal cuya grandeza y porvenir estuviese en sus manos, como lo está, en efecto, junto con el de la Nación Argentina.

Velaremos por ellos, y por ellas, como por nuestros propios hijos, porque reciban una enseñanza digna de su condición y del destino á que están consagrados en el suelo nativo y en la civilización, y haremos esfuerzos sin medida, para dotar sus aulas de los progresos experimentales más acabados del día, no solamente para que el aula universitaria no rechace mañana el producto del aula preparatoria, sino para que sean representantes, ellos también en su grado, del progreso científico del país y de la época. Deben, pues, acercarse á los hermanos mayores de las facultades é institutos, compenetrarse de su espíritu y aprovechar en su medida de sus lecciones y buenos ejemplos, como en una vasta familia bíblica de esas que el salmista compara con los olivos centenarios, cuyos troncos viejos caen en medio de una selva de retoños para atestignar así la eternidad del árbol generador.

Digo lo mismo de los niñitos de la escuela graduada, que son también nuestros compañeros, nuestros hijitos menores, y nuestros más delicados joyeles. Para ellos más que para otros es exacto el nombre de *alma mater*, madre nutricia de las inteligencias y los corazones, con que han sido llamadas las universidades; y es tanto más exacta esta apropiación cuanto más cierta es la semejanza de la escuela primaria con la universidad. Una y otra se propone realizar en distinta proporción, por cierto, ciclos universales de conocimientos, y desarrollarlos en forma integral y con el mismo orden de armonías y correlaciones. Si fuese posible volverse del camino de la vida, todos deseáramos reencarnarnos en uno de esos niños, en los cuales, como en el fondo de una corriente cristalina de la montaña, se lee la idea y el sentimiento puro, y la intención sincera y pristina, lo mismo que en el lecho del torrente se ve la vida de los organismos nacientes, y el brillo de las más

pequeñas partículas del arena que los tapiza. Los dolores y las fatigas de las largas jornadas, y los desfallecimientos que van labrando en el alma humana las sucesivas desapariciones de sueños, esperanzas y anhelos, nos hacen pensar en estos niños, cuya mayor educación y cultura serán las únicas fuerzas con que podrán afrontar á su vez los obstáculos que nosotros no podemos prever, evitándoles así la pena de recorrer la misma «vía scelerata» de sus antepasados. Si es cierto que debemos los educadores enseñar á las generaciones escolares la virtud del sacrificio y la resistencia contra las adversidades, más cierto es que es mayor deber suprimir las causas de estas últimas, para formar ejércitos más aguerridos, disciplinados y eficientes en la labor prospectiva; que no pierdan su tiempo y su fuerza en despejar los caminos y descubrir y cruzar los desiertos que conducen á la Jerusalém cautiva; que sean los soldados y los obreros de una lucha más alta y noble: la construcción de una Patria y de una Humanidad nuevas, donde los hombres no se desgarran entre sí, ni se disputen, como los leones del bosque, una presa para comer ó una cueva para reposar; y en la cual resida la paz fundada sobre los cimientos de la ciencia y del arte, que es región de igualdad y por tanto de suprema armonía. Sus maestros deben enseñarles á amar sus escuelas y su Universidad, para que entren más tarde á sus aulas superiores con unción filial, y para que vayan después por el mundo, según la felicísima leyenda de mi Universidad materna, — la de San Carlos, — á llevar su nombre con decoro, respeto y brillo, entre todas las gentes cultas.

Con la anexión del Colegio Nacional, que adquiere desde luego el título y carácter de colegio universitario, y la creación de la rama femenina de la segunda enseñanza, queda forjado el molde para otros que circunstancias posteriores hiciesen necesario incorporar. El Congreso y el Poder Ejecutivo de la Nación han realizado con esto una reforma de más trascendencia que muchos planes de estudios combinados, planteados y destruidos en un día, pues si bien se recuerda, ni Monserrat, ni San Carlos, ni el del Uruguay, requirieron tan complicados inventos para dar los resultados históricos que todos conocemos. Es que la unión en la vida, en el trabajo, en el estudio y en el espíritu de la enseñanza, hace más por sí misma, para el progreso y difusión de la cultura, que las más ingeniosas alquimias didácticas. En esa labor intensiva, ya que la del aula y del laboratorio debe descontarse por sabida, es donde yo aspiro á que nos veamos confundidos, todos por igual, con la convicción de que realizaremos una síntesis de la fraternidad social y humana, que será la característica de la civilización futura, y para que podamos ofrecer á las demás naciones de Europa y América, y en particular á las que han nacido como la nuestra de los mismos impulsos heroicos, un hogar digno de ellas, y de las nobles generaciones de sus hijos, que envíen á este suelo á sellar con el brazo y la idea un vínculo fraternal que el tiempo sólo ha de consolidar y fortalecer.

Después de cumplido su primer año de trabajo y primero de su existencia, la Universidad Nacional de La Plata, realiza igualmente por la primera vez, un mandato de sus Estatutos, fundado en un alto concepto de la misión encomendada á estas instituciones en los pueblos más modernos, de consagrar un día especial á la apertura de sus aulas, y en el que se condense el espíritu de su labor en relación á sus propios maestros y alumnos, y á la obra más extensa de la cultura pública. Si es cierto que nosotros poco tenemos que informar de tan breve pasado, en cambio la visión prospectiva es vastísima, y acaso imposible de encerrar en límites concretos. Las universidades, como organismos vivientes, fían mucho de su porvenir á las contingencias del tiempo, y se hallan expuestas á las mil asechanzas que conspiran contra la vida de todos los seres; y si algo puede afirmar como programa ó asegurar como promesa, es solo la decisión de ejecutar con fe su elevado propósito, y desarrollar sin debilidad las fuerzas originarias de su creación.

Debe ella, en principio, su ser, á una nueva modalidad de la vida argentina, engendrada por la propia elaboración educativa de las escuelas, colegios y universidades propias, y por el contacto cada día más íntimo con las corrientes civilizadoras de afuera, que traen al suelo nacional el limo de sus seculares evoluciones intelectuales, para adherirlo al fin á la vasta y solidaria familia universal. Esa fase nueva consiste en toda aquella parte en que el legado moral primitivo fué acrecentado, desde el día en que la Nación comenzara á vivir por cuenta propia, y el cual, sin disminuir en lo más mínimo, se conserva como levadura inagotable de donde todos los acrecimientos posteriores sacan su savia y energía vital. En un territorio tan dilatado como el de este país, y en el que se ha desplegado ya una historia social y política de más de tres siglos, ha habido espacio sobrado para las hondas diferenciaciones, así en el carácter como en las tendencias de la masa humana que aquí ha constituido su hogar permanente.

Como el proceso de formación de la tierra misma es el de la civilización de un pueblo; en una misma región el observador distingue y separa las capas sucesivas, que determinan los ciclos del crecimiento, las evoluciones de la vida. Así en la sociabilidad argentina del presente puede contemplarse aun como en una visión sinóptica, las tres grandes épocas de su historia: la colonial, la evolutiva, la futura; y las tres, al unirse por un invisible lazo común, y al desarrollarse simultáneamente, determinan la ecuación dinámica del progreso nacional.

En el período inicial de cada una de esas épocas se halla colocada una de las universidades, como su centro de irradiación, y cual

si presidiesen y generasen las series de fenómenos colectivos. En la aurora del siglo XVII, la universidad de Córdoba, como astro desprendido de aquella vasta constelación antigua, en donde brillaban Bolonia, Salamanca, París, Oxford, se erige para concentrar y encauzar el saber que á esta colonia le era permitido alcanzar, para conducir al fin, entre restricciones y contrabandos, el espíritu de un pueblo embrionario hasta el instante de su eclosión inevitable; el Real Colegio de San Carlos, situado en la metrópoli virreinal, y y más abierto á las influencias del mundo externo, asumió sin tardanza el carácter superior que conserva durante la primera década de la revolución, para surgir bajo la mano creadora de Rivadavia, con todos los honores y privilegios de una universidad, la Universidad de Buenos Aires, que seguiría paso á paso las alternativas políticas de las épocas sucesivas, para consolidarse y engrandecerse junto con la República, con cuya vida se halla compenetrada, á cuyos movimientos, triunfos y conquistas concurrió por los hombres ilustres formados en su seno, y de cuyas intermitencias participó en íntima y profunda cohesión. Pero esa fecunda acción orgánica y civilizadora no se consuma sin el concurso sedimentario de la antigua Universidad cordobesa, la cual arroja al escenario de la lucha los poderosos elementos diferenciales procedentes de la tradición secular, en substancial consorcio con los caracteres originarios del suelo, y con los sentimientos ingénitos de la sociedad nativa.

Las dos épocas se combinan y compenetran así, representadas por hombres que en cada región universitaria adquirieron, por influencia directa ó mediata, los respectivos caracteres, y así definen la forma gubernativa, imprimen su sello á la política y marcan el rumbo que han seguido hasta ahora las fuerzas generadoras de la cultura actual.

Pero ni la cultura colonial ha concluído su evolución, ni la cultura presente ha definido su tipo propio, ni las instituciones fundamentales de la República han echado raíces bastante profundas en la conciencia nacional, cuando ya se alzan con relieve bien marcado, formas é impulsos de vida antes desconocidos, que se refieren más intensamente á la potencialidad económica de la Nación y á su vigor combativo en el estadio universal de las fuerzas productoras, y cuyo secreto se halla en el dominio de las fuentes inexhaustas de su suelo, que solo la ciencia, con sus métodos é investigaciones incesantes, puede descubrir y explotar. Esa orientación reciente viene también desde muy lejos en el pasado, pero su causa inmediata está en las necesidades distintas que la época que ahora se inicia trae consigo: necesidades más apremiantes, más tangibles, más materiales, como son las de un combate, que no aguarda, ni contempla, sino que exige acción, productos, movimiento, trabajo, lucha, en fin, en todos los dominios de la humana actividad; lucha sin tregua ni reposo, paso acelerado y continuo, porque la detención significa pérdida de energía y de tiempo, y relegación á una fila secundaria de la columna en marcha.

Esta terrible ley del movimiento y de la generación, es la que ha cambiado la naturaleza de la educación pública en los últimos tiem-

pos, y ha removido sus viejos cimientos especulativos para reemplazarlos por la observación como método, y la producción como resultado; y ha traído como consecuencia la transformación de las universidades en centros de incesante labor experimental, de todas las fuerzas vivas del mundo físico ó social, y de todas las cualidades de la materia cada día más fecunda en sorpresas, á medida que los instrumentos penetran más al fondo de la substancia. Y como el dominio del saber es tan dilatado y múltiple, y tan variados los aspectos de la vida, cada día que pasa, va siendo más imposible que una sola universidad los abarque á todos, y cada día, por lo tanto, la división del trabajo colectivo va imponiéndose como una ley ineludible de eficacia y de verdad.

Unas cuidarán del cultivo de las facultades estéticas, filosóficas, literarias ó artísticas; otras deberán concretarse á las innumerables divisiones de las ciencias jurídicas y políticas que afectan la formación, existencia y desarrollo de los Estados, en su doble misión, interior y universal; y otros, por fin, concretarán su atención principal al estudio de la naturaleza, al desarrollo de las ciencias y de las actividades prácticas que sobre ellas se fundan, y al cultivo de la ciencia pura, desinteresada é impersonal, que sin relación de tiempo ni de medio, sólo busca el bienestar del género humano durante los cortos días en que pasa por el horizonte visible de nuestra existencia. Luego ¿puede decirse, acaso, que en el estado actual de nuestra cultura, y ante las infinitas exigencias de la vida moderna, no hay lugar para una tercera universidad, que mire más al porvenir que al pasado, y que ungida y alimentada por la savia secular de sus dos antecesoras, emprenda el estudio de la ciencia experimental, de la lucha económica, de los métodos nuevos, que conduzcan á perfeccionar todo el organismo de la enseñanza argentina?

Si esto no fuese posible, y si los institutos de alta enseñanza en la Nación no se repartiesen en proporcional, armónica y deliberada concurrencia la misión educadora de esta sociedad, la República se alejaría cada vez más de la solución de su primordial problema, y en la cual se hallan empeñadas todas sus fuerzas vivas, — el de su independencia intelectual y económica, necesario coronamiento de la soberanía política — porque en la contienda universal que todos los pueblos sostienen, avanza más aquel que menos necesita de los otros, y más se hace necesario á los demás por los productos de su ingenio ó de su industria; y por entre las más recientes modalidades de la vida jurídica de los Estados, ha podido observarse con suficiente claridad, cuánto influyen en las formas del derecho los factores económicos y los intelectuales, como fuerzas incontrastables de perpetuación y dominio.

Las universidades no son solamente institutos de altas especulaciones ideales, ni sitios consagrados de conservación y progreso de las ciencias y las artes; son, en primer término, focos de luz y de calor, donde germinan y toman formas prolíficas, los sentimientos de solidaridad social en que se funda el único patriotismo verdadero, aquel que no se diluye en palabras ni se pierde en movimientos ó agitaciones estériles, sino que consiste en esa virtud de generar gran-

des inspiraciones del bien en cada ciudadano y en la colectividad; no en el ciego impulso de correr á la revolución ó á la guerra trás de un espejismo de gloria personal, sino en un concepto real sobre el porvenir del país, fundado sobre bases duraderas de trabajo y de cultura, de fuerza general difundida en la masa, de manera que su defensa en la lucha está en su propia salud, y sus probabilidades de expansión reposen en el cultivo persistente de una voluntad bien orientada y de una energía bien sostenida.

Estas casas de altos estudios no pueden tampoco permanecer inaccesibles á las transformaciones del espíritu universal, ni llegar retardadas al certamen de las ciencias y las artes que lo elaboran en incesante evolución. Al encargarse de conservar, con respetuoso é inteligente culto las verdades adquiridas de los siglos anteriores, se obligan también á continuar la obra del pasado, por la investigación de las verdades nuevas que el mundo ofrece en sucesión indefinida, para hacer, sin duda, interminable la tarea del estudio y de la experiencia, sobre las fuentes y el destino de la vida humana. Y por cierto, que si alguna época de la historia ofreció maravillas á la admiración del espíritu, es ésta, en la cual parece como si fuesen á invertirse muchas de las más inveteradas convicciones de la humanidad acerca del medio natural en que ella vive.

El microscopio ha señalado en el imperio de las ciencias biológicas, territorios cuya exploración es fuente de sorpresas inquietantes; el estudio del espacio y de las fuerzas invisibles que lo pueblan de estremecimientos y de revelaciones sin lenguaje conocido, va cada día descubriendo las secretas leyes de la armonía ideal de los hombres y de las razas, y poniendo en manos del hombre de ciencia, el cetro que por siglos manejaron los despotismos, fundados sobre las desigualdades, y éstas, á su vez, sobre la ignorancia de las condiciones y formas de la vida, de las fuerzas individuales y de los recursos ocultos de la humana inteligencia, comunes á todos los seres; y por fin, el pensamiento filosófico, guía y compañero á un tiempo del experimental, establece la relación inevitable entre el mundo de las cosas y el de las ideas, é invade el campo de las instituciones sociales, políticas, religiosas, artísticas, para demostrar que ninguna de ellas surge del vacío, ni de la sola imaginación, sino que tiene sus raíces en la naturaleza, y que de ella vive y vivirá, aunque los sistemas y los códigos, las convenciones ó las creencias los sigan sancionando de otra manera.

La mayor difusión de la cultura en las multitudes, por la facilidad de comprender los resultados científicos y por la sencillez de las formas en que éstos se aparecen á la mente desde la infancia, va á restablecer en día no lejano el nivel universal de la vida; la causa secular del descontento y del infortunio, tantas veces trágica en la historia del género humano va, sin duda, á desaparecer poco á poco de las agitaciones de los pueblos, porque la injusticia es solo hija de la desigual condición real de seres originariamente iguales, y que por la ignorancia de sus propias calidades, entran á ocupar un plano inferior en la disposición de las fuerzas y elementos constitutivos de la entidad social. Todos los demás remedios que la política, la

diplomacia y el arte de gobernar á los hombres han inventado, duraron y durarán el tiempo en que tarden los sustitutivos científicos en reemplazarlos en la conciencia colectiva, y este tiempo será tanto mayor, cuanto más persista la fuerza opresora que impida el desarrollo de la noción científica ó el concepto racional.

Realizamos este noble acto académico, en un momento en que la institución universitaria pasa en el mundo por mutaciones fundamentales en su concepto y en sus formas orgánicas; y si es cierto que algunos de los institutos llamados «modernos» por su tendencia y métodos, hace siglos que siguen esos rumbos y senderos, también lo es que solo ahora, se han impuesto á la atención de los demás, y han despertado en ellos, por la excelencia de sus frutos, los más vivos anhelos de imitación.

Los seculares colegios universitarios de Inglaterra, impregnados de tradición patriótica y nobiliaria, adheridos ó no, desde sus comienzos á esos dos venerables santuarios de la humana cultura — las universidades de Oxford y Cambridge — han sentido hace poco dos conmociones simultáneas: una en el sentido de asociarse y coordinarse en una vida federativa más estrecha, y otra en el de abrir más amplios cauces á la corriente científica moderna, que por todas partes las rodea, y amenazaba entrar en ellas con los estragos de una inundación. Nacieron así, en diversas regiones del Reino Unido, en su medio peculiar y con propios caracteres diferenciales, nuevas universidades de tipo diverso de aquellas dos seculares fundaciones, en forma y con direcciones tales, que Lord Roseberry las definía en 1904, diciendo que «á las de Manchester, Birmingham, Leeds, Liverpool, Sheffield, Londres ú otras semejantes á éstas, más que á Cambridge ó á Oxford, San Andrés ó Aberdeen, se dirigirán las nuevas generaciones para el fomento de las nuevas ramas del saber, las prácticas y concretas, en vez de las abstractas y de simple ornamentación. . .»; y añadía que «la cuestión quedaba planteada sobre si las universidades antiguas, como depositarias de la cultura literaria de la nación, harían bien en conservar en su conjunto las antiguas modalidades, inoculando, tal vez, un espíritu más científico en las «humanidades». Ellas necesitan, sin duda, marchar hacia esta transformación, y no intentar cambios radicales. . .»

Los nombres de las ciudades que albergan los nuevos institutos indican, desde luego, por la celebridad de sus industrias dominantes, el carácter distintivo y diferencial de sus estudios: ó las grandes artes fabriles, ó las industrias mecánicas, ó las labores agrícolas, ó las explotaciones mineras y metalúrgicas, ó las ciencias y profesiones curativas, y todas ellas en conexión inmediata ó menos directa con la ciencias y letras que las armonizan, y contribuyen, además, al tipo genérico de la cultura nacional, esto es, no para reemplazar de un golpe el antiguo por el nuevo, sino sólo para transformarlo por una gradual infusión de espíritu científico en el antiguo organismo clásico. Y el móvil trascendental de estas creaciones universitarias, de tipo moderno y práctico, hasta el grado de buscar la reproducción del norteamericano, cuyos maestros experimentales son llamados hasta Oxford, como principio de reacción en la pro-

pia alma del clasicismo, se vincula con la más alta política, la de la lucha de predominio universal que la Gran Bretaña mantiene en el campo económico, sabiendo, como lo sabe por experiencia, cuánto influyen en la dirección y aprovechamiento de las fuerzas productoras y en el gobierno político, las inteligencias disciplinadas en la vida del instituto universitario, y adiestradas para la competencia de la producción y la circulación, en el más exacto dominio de las leyes científicas del trabajo que las origina é impulsa.

Nuestra labor universitaria, desde que se perdió el antiguo espíritu literario y metafísico, ha ido dirigiéndose hacia las profesiones liberales y lucrativas, ó hacia la formación de las clases gobernantes, desentendiéndose poco á poco del interés puro de la investigación, el cual, representado por las facultades de ciencias matemáticas, naturales y físicas, tuvo siempre escasísima preferencia de parte de la juventud argentina. Los defectos de organización, por otra parte, y la invencible fuerza de los hábitos inveterados, han hecho que un frío y formal funcionarismo vaya reemplazando el calor paternal de los antiguos colegios universitarios, en los cuales, si es cierto que se *instruía poco*, en cambio se *educaba* mucho más por la vida frecuente dentro del hogar intelectual, y por la íntima y continuada compañía de los jóvenes de una misma generación, que forman como un bloque étnico uniforme, en el cual ha de labrarse después un nuevo modelo de civilización, un nuevo cimiento de la estabilidad social, progresivamente conquistada.

Este mal del formulismo y del mero interés profesional, tiene que ser combatido con persistente energía en el gobierno de las universidades de la República, si es que ellas han de aspirar á ser más que oficinas expendedoras de títulos, para convertirse en fuentes de saber desinteresado, de trabajo investigador y de altos ideales; y á ese fin, entre otros, no pudiendo vencer las fuerzas tradicionales acumuladas, respondió, sin duda, la creación de la Universidad nueva, en la cual pudieran experimentarse todas aquellas ideas y formas que en las existentes era imposible intentar, sin producir trastornos demasiado bruscos ó cambios demasiado violentos. Aquella fundación era por sí misma una prueba: comprendida así, con todo el espíritu patriótico que le dió existencia, debía servir á las antiguas de lección práctica, para ver si eran realizables en ellas las innovaciones ensayadas allí ó en institutos semejantes del extranjero. Y si todos trabajamos con un solo interés, el de mejorar las condiciones morales é intelectuales de nuestro país, aquella prueba, lejos de ser un motivo de recelos y desconfianzas, debía ser fomentada por las universidades que fueron y son aun generadoras de la que aquí se desenvuelve.

Desde luego, aquí se ha conseguido alterar la división clásica de los estudios en el secular *quadrivium* que aún persiste como fórmula orgánica universitaria en muchos países, tomando como punto de partida hechos conocidos y unidades científicas vivientes, cuya ley inicial de vida ha sido respetada é impulsada, dotándolas del aliento y del dinamismo que les hacía falta; el Museo, el Observatorio, la Biblioteca pública, al ser convertidos en escuelas de

ciencias de la naturaleza y extensión social de la misma enseñanza universitaria, han adquirido una nueva personalidad, y se han puesto en condiciones de ofrecer al país, de modo más directo, los beneficios docentes que les son peculiares.

Colocados en la base de estudios superiores, como irreemplazables tesoros de experiencia, aplicación é investigación constantes, ellos se encargarán de desarrollar en más vasta escala el programa mismo de la Universidad, esto es, el de formar en las propias generaciones de argentinos, el espíritu científico, el amor de la naturaleza y de la verdad positiva, el culto de la acción y el hábito de producir y de crear por el esfuerzo propio.

Todas las fuentes de cultura de una sociedad se debilitan, empobrecen ó agotan, cuando la fecunda naturaleza no les ofrece sus savias inexhaustas; el arte plástico, la poesía, la música, sin descender de tiempo en tiempo, como aves viajeras, á tomar alimento en las tierras, en las aguas ó en los bosques, no tardarán en caer extenuados de fatiga, de tanto volar en el espacio sin punto de apoyo; y no diré una extrañeza si afirmo que la decadencia de aquellas artes se clasifica por la ausencia de los elementos nativos en sus concepciones ó inspiraciones. En cambio los poetas, escultores, pintores ó músicos que han ido hasta el fondo de la naturaleza animada ó inanimada, á descubrir las leyes de la vida en sus oscuras celdas primitivas, no sólo han develado las epopeyas genesíacas, conservadas como sagradas revelaciones sobrenaturales, sino que han creado mitologías nuevas, han hecho surgir un arte desconocido, y han obligado á la vida misma á exhibir á la luz del día sus más pavorosos misterios. La imaginación puramente ideal llevará sin rumbo al espíritu humano por los espacios más inmensurables, sin detenerse jamás en la isla del reposo; la imaginación nutrida por la ciencia, que entrega el dominio de todas las fuerzas positivas, será guía y vehículo á la vez, para los descubrimientos de las regiones aun incógnitas del mundo en que habitamos, y jamás perderá los derroteros de la tierra ó del espacio, mientras brillen los astros y vibren los focos magnéticos que encauzan las energías de la materia universal. Y el campo de la investigación natural es tanto más prolífico cuanto más inagotable, como si esta fuese una nueva demostración de la infinitud de la materia misma, de la interminable y siempre absorbente labor científica.

Así dice un noble escritor inglés, que «lo que conocemos es una parte infinitesimal de lo que ignoramos. No existe una sola substancia en la naturaleza cuya utilidad nos haya sido enteramente revelada. Nos hallamos rodeados de fuerzas y de influencias de las cuales nada comprendemos, y que apenas comenzamos á percibir». El cultivo de la ciencia por la ciencia, en esa silenciosa vida de los laboratorios y los gabinetes, además de sus hondas redenciones morales, conduce á la posesión de esos agentes invisibles que un día son vehículos poderosos de civilización y de dominio para el pueblo en cuyo seno fueron aprisionados, porque la humanidad entera les reconoce un título superior respecto de los

demás, por la suma de bienestar que le ha proporcionado su esfuerzo.

La experimentación está en el alma de este instituto, y se desarrolla desde el niño que entra analfabeto á la escuela primaria hasta las leyes más generales de la sociedad política. Gracias á su nueva é inusitada constitución ha podido al fin realizarse el concepto completo de la universidad en su verdadero sentido, es decir, como un conjunto integral, armónico y concurrente de estudios, graduales y correlativos, que se modelan sobre la naturaleza del hombre y se desenvuelven como ella, y que bajo una faz más utilitaria, podría definirse como lo hacía el fundador de la universidad Cornell, diciendo que deseaba que existiese una en la cual « toda persona pudiese hallar toda especie de conocimiento ». El maestro experimenta en el alumno las leyes de la inteligencia; el instituto experimenta en los maestros las leyes de la enseñanza; el estado experimenta en los varios institutos las leyes de la cultura general; y así es como la existencia de las sociedades humanas, regulada sobre tales leyes, reales y positivas, podrá fundar un día un reinado más próximo á la anhelada felicidad terrestre, desde que hayan desaparecido de la conciencia los prejuicios nacidos de lo desconocido y lo incierto, y las desigualdades hijas de la ignorancia.

Toda nuestra historia en sus alternativas violentas, sus sacudidas y sus regresiones dolorosas, está movida por la fuerza del prejuicio y de una larga sucesión de conceptos abstractos sobre la vida, la naturaleza, las instituciones y el destino de la sociedad. Nuestras intermitencias de juicio y de desorden, de libertades y despotismos, de correcciones y de abusos, de prosperidades y miserias, no son más que el resultado del desequilibrio permanente en que vivimos entre nuestro destino positivo como una asociación natural, y las leyes artificiales y caprichosas que una *voluntad* imperativa le ha impuesto, como una órbita inevitable. Las profundas deficiencias de nuestra educación colectiva para la administración privada y pública, que á las veces suele ser juzgada como una incapacidad ingénita para el propio gobierno, sólo es una resultante de aquella profunda desarmonía entre nuestra constitución *social*, y nuestra constitución *política*; porque la una depende de factores ajenos á la voluntad del legislador, y la otra solo de elementos voluntarios, ya tradicionales, ya impuestos por la fuerza compulsiva de las convenciones.

Luego faltan en la obra conjunta de la enseñanza nacional dos condiciones esenciales para que pueda fundarse un orden racional y estable: la *experiencia* como método en todos los dominios donde aquella alcanza, desde la escuela hasta el recinto legislativo, y la *educación* al lado de la instrucción desde el primero al más alto grado de la jerarquía docente; la experiencia, que consiste aquí en no adoptar formas ó procedimientos extraños á la naturaleza afectiva y física del niño, hombre ó pueblo; la educación, que es el hábito de vivir en armonía con aquellas leyes, con los demás núcleos sociales y con las tendencias superiores del espíritu; y no

se crea que esta armonía excluye la diferenciación individual y la lucha de ideas ó tendencias, de intereses y propósitos, inherentes á toda sociedad de hombres libres, sino que se refiere á esa necesaria y saludable concurrencia de todos los hijos de un mismo país en una labor común de crecimiento, ilustración y fuerza; pero sí, esa armonía significa exclusión de la discordia, del egoísmo, del aislamiento, de los odios de las fracciones, de las persecuciones de las sectas, de las envidias colectivas de grupos ó de Estados entre sí, que engendran en el interior los desgarramientos y las anarquías, y en el exterior las guerras sin conquistas y sin principios. La misión más alta de las universidades en la época presente es, así, instruir la conciencia en la noción real de las cosas y del medio en que se vive, y educar las voluntades y los afectos para hacer posible y habitual la cooperación individual y social, sobre que se funda la existencia pacífica y el bienestar de toda comunidad que aspira á perpetuarse.

Desde este punto de vista, si fuese llamado á indicar remedios, diría con un autor reciente que las universidades se combinen para emprender la vasta tarea; para ilustrar la razón pública y modelarla al temple de los destinos más nobles y cultos de la sociedad contemporánea; para hacer posible la formación de partidos que dejen de enarbolar estandartes de guerra, rojos ó blancos, azules ó encarnados, y abracen la causa de la educación y luchen por ella con todas las armas dignas y propias de su naturaleza.

En este orden de ideas, creo que sólo las universidades pueden realizar la unión de todos los hombres de conciencia ilustrada, ó de una vasta suma de sus albedríos, para afrontar el problema de la educación de nuestra democracia, de nuestras diversas clases sociales, hasta hacer posible el gobierno constitucional ideado por nuestros mayores.

La cooperación, la reciprocidad intelectual, por desconocida que sea entre nosotros, aun dentro de las mismas universidades, minadas por una excesiva tendencia centrífuga ó separatista, y de una incomunicación recíproca que destruye toda noción de *universitas*, que significa personalidad individual, cohesión corporativa, unidad de vida y de acción — no es un hecho imposible, tanto más cuanto que ella se ha puesto ya en práctica entre los países más distantes entre sí, pero unidos por lazos de simpatía política ó de amistad diplomática, como los Estados Unidos y Alemania; como nos ha sido ya insinuado á nosotros por el gentil mensaje que la Universidad de Pensilvania nos enviaba hace un mes; como podemos realizarlo con las universidades más adelantadas de la madre patria, España, donde más de un foco de luz intensa anuncia restauraciones anheladas; con las de Italia, con cuyo espíritu se ha fundido ya el nuestro en una simpatía y una convivencia á prueba de fuego; y por fin, con las más próximas de los Estados vecinos que nos rodean, y participan con nosotros de las condiciones y beneficios de la misma zona geográfica continental. Y si esto es fácil entre institutos de países distintos, aunque hermanos por la sangre y la tradición, ¿cómo no habría de serlo entre los de una misma patria, ligados

al mismo deber á idéntica misión, y destinadas á elaborar, al fin, un producto intelectual semejante?

El espíritu que anima á todos los universitarios de La Plata es el de la más abierta y leal fraternidad y cooperación con los de las otras dos de Córdoba y Buenos Aires, en las cuales reconoce con orgullo una ascendencia ilustre que venera, y cultivará con unción intensa, no solamente porque ellas contribuyeron á formar el ambiente intelectual, donde esta nueva planta pudo germinar y crecer, sino porque el que habla en este momento, modeló su espíritu en la benemérita Universidad de San Carlos, de Córdoba, tuvo durante una década el honor de enseñar en la Universidad de Buenos Aires, alternando provechosamente con sus maestros, y aun hoy se adorna con el título académico de una de sus más prósperas facultades. Pero aunque así no sucediese, bastaría la convicción de aquella tarea común, y de que toda universidad es un hogar cálido de virtudes substanciales y de iniciaciones fecundas, para que aquí les tributemos nuestra más íntima y decidida adhesión.

Por este medio, y por el régimen combinado de todas las escuelas de nuestro extenso y complejo organismo; por el acercamiento, trato amistoso y estudio conjunto de profesores y alumnos, nuestro instituto se propone llegar á formar el *espíritu universitario*, que sólo sea un reflejo del espíritu nacional, afectivo, ilustrado, culto, caballeresco y animoso, capaz de transformarse en fuerza para la acción en todos los campos de la actividad, y en fuente de trabajo productivo y selecto, en la dilatada arena en que andan riñendo batalla de competencia las naciones más cultas de la tierra. Tenemos confianza en que si las tres universidades sellasen ese pacto de labor y de propaganda, y uniformasen, por lo menos, sus sistemas de educación física y moral dentro de cada recinto, no tardaríamos en ofrecer á la República, en esta era nueva, la primera generación de hombres sanos, eficientes y virtuosos, tales como los educadores europeos preconizan el producto selecto de Eton y de Harrow; como los requiere la vida republicana, libres, laboriosos y justicieros; y como los reclama la cultura social presente, abnegados, gentiles y honestos.

Así como las anteriores generaciones de las épocas anárquicas forjaron su temple nativo en el yunque de las adversidades, las de las actuales deberán reemplazar aquellos duros y forzosos maestros por el estudio de las ciencias, realizado en condiciones admirables, en comparación con las de aquellos tiempos. Su ilustración no será ya aquella adventicia, casual, clandestina y abigarrada que hizo, no obstante, prodigios en los hombres de la revolución, de las asambleas constituyentes y aun de la dictadura, sino aquella que se adquiera en labor metódica é intensa del aula y del laboratorio,—no interrumpida por las invasiones, las revueltas ó los motines, cuando no por más directas asechanzas—de manera que el surco se profundice, la semilla repose en paz en el lugar de su fecundación, y pueda esperarse el fruto lozano y robusto de su cultivo integral.

Señores: Durante su primer año de labor, la Universidad de La Plata ha experimentado un crecimiento extraordinario, sin precedentes en los anales de la educación argentina.

Sin referirme á la afluencia de alumnos, que no significa todo lo que el vulgo supone, y significa más bajo aspectos que él no se imagina, bástame señalar la incorporación del Colegio nacional con carácter universitario, realizada por ley del Congreso; la creación espontánea, puede decirse, del colegio secundario de señoritas, la expansión que ha adquirido la escuela graduada anexa, la fundación de la escuela de dibujo, y últimamente la petición de los principales vecinos de Concepción del Uruguay para obtener del gobierno la anexión del célebre y siempre reputado colegio nacional de esa ciudad para reanudar así bajo nuestros auspicios y á la sombra de nuestras enseñanzas, disciplina y métodos, la honrosa tradición educativa que le imprimieron ilustres maestros. Este sólo núcleo de escuelas, á las cuales se agrega la de estudios superiores de pedagogía, constituyen una de las más fecundas y asiduas tareas de la Universidad, y no solo han conseguido sus profesores mantener la enseñanza en un pie de constante progreso, sino despertar un excepcional interés científico por la experiencia lograda aquí de lo que en la mayoría de las universidades europeas es apenas un problema.

Anexada hasta ahora á la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, la Sección Pedagógica ha conquistado el derecho á asumir á su vez el rango de una Facultad, y será así la primera que exista con este carácter en la América latina. Ella tendrá á su cargo la dirección inmediata del departamento de instrucción media y preparatoria de la Universidad, y la enseñanza de las materias que constituyen el profesorado secundario y superior en sus propias aulas. A su vez, la incorporación del Colegio Nacional, ha permitido integrar el plan primitivo de organización que se pondrá en pleno ejercicio el año próximo con su internado moderno en los grandes y bellos edificios que le están destinados.

A pesar de las limitaciones impuestas á sus gastos por el presupuesto de la Nación, la Universidad ha podido completar la dotación de sus laboratorios en el Instituto de Química y Farmacia, en la Facultad de Agronomía y Veterinaria, en la Sección Pedagógica y en el Instituto de Física, y ha podido proveerse al Observatorio Astronómico de todos los instrumentos necesarios para reanudar con ventaja los trabajos científicos que comenzara el malogrado Mr. Boeuf, y otras más que la Universidad y los progresos de la ciencia misma le han impuesto.

El Museo, una de las obras arquitectónicas y creaciones más hermosas del vasto conjunto de palacios é institutos que dan á La Plata su carácter monumental, convertida en Facultad de Ciencias Naturales, se halla en obra de renovación hasta ser terminado según su plan primitivo. El instituto de Química y Farmacia, que es una de sus más importantes dependencias, ha sido instalado en la planta inferior en condiciones tales de comodidad y dotación, que puede rivalizar con los más perfectos de su género. Los geógrafos y arqueólogos han realizado expediciones de verdadero provecho para la ciencia y para las colecciones permanentes y una serie de publicaciones sistemáticas ha comenzado de nuevo á llevar al país y al extranjero el producto de la labor asidua é inteligente de sus profesores. Por su parte, la Facul-

tad de Ciencias Físicas y Matemáticas ha especializado la enseñanza de la física experimental en forma que no puede ser superada en el país, gracias al riquísimo gabinete que posee y que puede mantener al día la información y la enseñanza para sus alumnos y maestros. Nuestra Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, por su organización, plan de estudios, sabia dirección y el brillante núcleo de sus profesores, no ha tardado en imponerse al respeto de la opinión y al cariño de sus alumnos.

La escuela de Santa Catalina, una de las más queridas y valiosas dependencias de la Universidad, transformada casi por completo y embellecida é higienizada con todo el *comfort* moderno, comienza á despertar el más vivo interés de las familias y de los hacendados, que ven en ella una carrera útil y noble, íntimamente vinculada con las dos industrias que hacen la mayor riqueza y prestigio económico de la República. Guiada con acierto y dedicación por las autoridades directivas y docentes de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, esta digna profesión cada día levanta su prestigio y eficacia, y se estudia cada vez con mayor provecho con el concurso del material de investigación y experiencia propia de disciplinas tan fundamentales.

A todos los que me hacen el honor de escucharme y han seguido con interés más ó menos palpitante el desarrollo de la nueva labor universitaria y en particular á la alta sociedad de La Plata, que la ha estimulado con su cálida protección de todas las horas, les debo esta sincera cuenta de nuestros esfuerzos coronados con éxito tan manifiesto.

Cierto es que no podía dejar de ser así, cuando se ha contado con el auxilio generoso de los poderes públicos de la Nación y de la Provincia, con la ayuda patriótica y bien inspirada de la prensa de esta capital y una parte muy respetable de la del resto de la República; y debe agregarse á todos estos valiosos factores, el empeño incesante de los señores decanos y directores, y de los maestros y alumnos de todas las facultades, institutos y escuelas de la Universidad, quienes no han desfalecido en los momentos de indecisión y de prueba; y aun se han adelantado á realizar verdaderos sacrificios personales para conducir ilesa la personalidad universitaria á través de las más peligrosas contingencias porque ha debido pasar. Así hemos llegado á esta hora realmente solemne para cuantos á ella nos hallamos vinculados, en la cual este conjunto tan considerable de tesoros y material de enseñanza, pudiera ser arrasado por una irrupción de barbarie junto con la cultura acumulada del país entero, pero que ninguna convicción ilustrada podrá desconocer como un hecho definitivo, irrevocable.

Sabemos que la lucha es condición esencial de la vida, y que las obras humanas cuanto más benéficas y destinadas á perdurar, despiertan la más ruda resistencia en relación directa con su valor y su vitalidad; y esta concepción de la Universidad de La Plata, aparecida en hora propicia, tiene sus raíces más profundas en una inquebrantable virtud del núcleo social y político que la alberga, su interés y vivo anhelo de una cultura superior y extensiva que corresponda á su pasado novilísimo y á su porvenir incalculable

de influencia y acción sobre la vida nacional; y si quisiese una prueba de este aserto, invitaría á considerar la rapidez con que todas las escuelas de diversa índole establecidas en esta ciudad se pueblan y desbordan; el ambiente vivificante que en sus avenidas se respira, como el de una vasta sala de estudio, donde ese sugestivo «olor del saber» se confunde con las suaves emanaciones de la campiña y la frescura de sus bosques, invitando á la contemplación ideal y á toda labor del pensamiento. La imaginación se anticipa inquieta á las conquistas aun veladas del porvenir, y puebla estos sitios deliciosos con ese bullicio rítmico y revelador de las colmenas humanas; y ve desde aquí el espectáculo grandioso de un pueblo civilizado, libre, autónomo y consciente de su destino, marcando como en brújula invisible su derrotero á una vasta familia de otros pueblos hermanos, conducidos por su antorcha, sostenidos por su espíritu y auxiliados por su saber y experiencia. Entonces los nombres de los que aquí echaron los cimientos de una nueva entidad social argentina, podrán alzarse radiantes en su legítimo prestigio, y espero también que la encina que simboliza la vida de la Universidad, haya esparcido su sombra en vasto espacio del suelo y de las almas, cual si cobijase el misterio de la incesante renovación del saber y de la virtud, bajo el cielo y sobre la tierra mil veces consagrada de la Nación Argentina.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

(Presidente de la Universidad Nacional de La Plata).